

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA MISION Y ETICA DEL MEDICO (*)

La Facultad de Ciencias Médicas de Rosario está hoy de fiesta. La acertada resolución del H. Consejo Superior de la Universidad, disponiendo que las Facultades que la constituyen otorguen en acto público los diplomas de sus egresados, revive hoy, para nuestra casa, la vieja y tradicional ceremonia de la colación de grados. Y hemos elegido esta fecha para celebrarla por su inmediata vecindad con la efemérides patria, para que el sentimiento patriótico, que tan hondamente arraigado está en toda alma bien templada y que en estos días evocadores parece estar más presente en las conciencias, impregne y presida esta ceremonia; para que la cumplamos bajo la advocación de los númenes tutelares de nuestra nacionalidad; para que vaya para siempre unido al recuerdo de esta hora singular para vosotros, jóvenes graduados, el pensamiento trascendente de los más altos deberes ciudadanos.

Trabaja en la Facultad de Medicina de Rosario un grupo de jóvenes que se dedican apasionadamente al estudio y a la investigación científica. El porvenir de nuestra casa está fundamentalmente en sus manos. Vamos a proceder hoy a la entrega de los premios "Ateneo" y "Cayetano Viale", a quienes demostraron con la obra cumplida ser ampliamente acreedores de tales distinciones.

(*) Discurso pronunciado en el acto de la colación de grados celebrado el día 8 de julio de 1942 en la Facultad de Ciencias Médicas de Rosario.

Y hemos deseado también rendir en este día, para nosotros tan señalado, el homenaje que el H. Consejo Directivo ha resuelto tributar a don Cornelio Casablanca. Cumpliremos así con un deber que imponían la justicia y la gratitud hacia quien fuera el benemérito gestor y el eficaz propulsor de las horas iniciales de nuestro Hospital y de nuestra Escuela. El Profesor Alvarez destacará luego su significado y su justicia.

Y habreis de perdonarme si al iniciar esta ceremonia no puedo librarme de los recuerdos, que acuden tan vivos a la memoria, de otro acto análogo a éste, de otra colación de grados. Casi treinta años han transcurrido. Los tiempos han cambiado, los actores son otros, el marco es diferente, las costumbres, los hábitos, el ceremonial y hasta las ropas son otras, pero por otra parte, ¡cuántas analogías fundamentales! —Entonces como ahora, un grupo de jóvenes optimistas y jubilosos se aprestaba arduosamente a la conquista de la propia vida. Entonces, como ahora, en una amplia sala engalanada, presidida por las autoridades académicas y ciudadanas, esperaban impacientes junto a los próximos graduandos, los familiares, los amigos y los estudiantes. Estaban los padres, que asistían emocionados como a la realización de un ensueño largamente acariciado. Estaban los hermanos y los amigos exultantes de júbilo. Estaban las novias, cuyo corazón aceleraba su ritmo ante el acontecimiento promisorio de próximas realizaciones. Y entonces como ahora, un viejo profesor se adelantó a decirnos con palabra emocionada, su saludo cordial y sus venturosos augurios. Y como pronto ocurrirá aquí también, un joven graduado, portavoz de su promoción, dijo del ideal y del ensueño, de la gratitud y de la esperanza, de la fe y del entusiasmo. Ese joven ha vivido después, largamente, la realidad entonces sólo presentida; ninguna de las angustias de la vida del médico le fué ahorrada, está hoy, por ley natural, en el descenso de la parábola ineludible, pero se siente siempre armado de la misma fe y del mismo amor, sigue obstinadamente creyendo y esperado; no elegiría por cierto otro destino si la elección le fuese permitida. Y quiere hoy, antes que nada, renovar las

expresiones de su gratitud a sus maestros. A ese núcleo ilustre de hombres casi todos ya desaparecidos, muchos de los cuales ocupan un sitio definitivo en la historia de nuestra medicina nacional. Realizaron el mayor esfuerzo que en su ambiente y en su época fué posible realizar; muchos fueron sabios y estudiosos; otros nos deleitaron con el brillo de sus preclaras inteligencias; todos fueron hombres de bien, vivas lecciones de conducta y de dignidad. Vaya a ellos, hoy como entonces, la manifestación de mi filial gratitud, viven en mi alma en esa zona reservada a los afectos más íntimos y a los recuerdos más puros.

Jóvenes graduados: la mayor parte de vosotros va a iniciarse, seguramente, en el ejercicio de la profesión para lo cual os habilita la enseñanza y el título que os hemos otorgado. Yo os quiero hacer algunas reflexiones sobre lo que eso significa. Sabéis y sentís de cierto, que la medicina es una nobilísima profesión, que es una ciencia difícil y un arte delicado que no puede ejercerse dignamente sin preparación suficiente y sin genuina vocación. No podéis ignorar tampoco, que comporta los más pesados deberes, las más angustiosas responsabilidades. Desde mañana seres humanos, con toda su carga de dolores y miserias, vendrán a poner en vuestras manos su ilusión y su esperanza. Esperarán encontrar en vosotros muchas cosas. Antes que nada esperan encontrarse con el técnico informado y diestro, capaz de curarlos. Muy pocos de entre ellos sospechan la magnitud de lo que el médico necesita saber para tener la comprensión hoy posible, de los complejos problemas, que en el orden puramente biológico, un enfermo plantea. Un ser vivo es una maravillosa armonía de una complejidad apenas imaginable. Lo que ya sabemos —con ser tan minúscula parte— de sus estructuras, de las delicadas correlaciones de sus partes, de la definitiva influencia que la herencia y las diversas experiencias vitales van en él sedimentando, hacen de cada individuo un verdadero microcosmo, tan alucinante y tan inalcanzable en su comprensión total, como el universo mismo. El enfermo difícilmente sospecha las limi-

taciones de la ciencia que ejercéis y que él tiende a creer omnipotente, pero vosotros, en cambio, las conocéis muy bien, porque ese es vuestro primer deber intelectual. Y luego no dejaréis de hacer la comprobación dolorosa, afortunadamente dolorosa, de vuestras limitaciones personales. Sentiréis así, que hay muchas cosas que podríais y que, por consiguiente, deberíais saber y que no sabéis. Ese sentimiento, que debe ser muy vivo en toda conciencia realmente honrada, os obligará a trabajar y a estudiar siempre si queréis vivir en paz con vosotros mismos, y si deseáis, además, que vuestra comprensión de los fenómenos observados no sea epidérmica, si es que no se limitan vuestras aspiraciones a la artificiosa catalogación de los enfermos en los esquemas nosográficos y a la formulación de una prescripción estandarizada. Que en tal caso vuestro destino sería muy triste, por que nada podría evitar que vuestra labor languideciese en la monotonía y el hastío y que fuese la vuestra no experiencia, sino rutina. Pero si queréis ver en cada enfermo lo que realmente es, vale decir, un inquietante problema biológico, sentireis el lógico deseo de enjuiciarlo con todos los elementos de juicio posibles y entonces os sentireis constantemente compelidos al estudio y al trabajo. Porque la medicina progresa con un ritmo admirablemente acelerado. Si un médico de mi promoción, pongo por caso, no estuviese informado de lo que después de que se graduó ha conquistado la medicina, ignoraría vastos capítulos de la patología, reduciría notablemente su comprensión de muchos otros y le faltarían una cantidad de eficacísimas armas para defender a sus enfermos. Basta recordaros que ni el salvarsan, ni el bismuto, ni la emetina, ni la insulina, ni las hormonas, ni las vitaminas, ni la sulfanilamida, ni la transfusión, ni muchas intervenciones hoy corrientes, estaban en nuestro arsenal terapéutico a principios de este siglo. Esto significa, simplemente, que quien deja de estudiar se vuelve rápidamente insuficiente. Reduce su eficacia posible. Por eso resulta infinitamente más importante para una Escuela que quienes de ella egresan tengan, por una parte, vocación, amor verdadero por la pro-

fesión que han de ejercer, y por otra, las bases indispensables para poder seguir acrecentando indefinidamente su capital científico; que no el diplomar profesionales atiborrados de una ciencia destinada a hacerse rápidamente precaria, sino tiene raigambre honda e impulso vocacional que la acreciente.

Teneis, pues, una primera y básica obligación de saber técnico vasto, que obliga además, a la tarea de perfeccionarlo y aumentarlo, tarea que no se acaba nunca para quien pretenda ejercer decorosamente nuestra profesión.

Pero eso es sólo una parte y muchas veces no la mayor ni la más delicada de vuestra misión. Quien va a veros no es una enfermedad, es un enfermo, es una persona. Y una persona a la que debeis de tratar de comprender porque de vuestra capacidad de comprensión total dependerá fundamentalmente, muchas veces, el que podais entender algo de la enfermedad somática que el enfermo exhibe a veces como un fruto, cuya génesis tiene largas raíces en la herencia, en la educación, en el ambiente, en las mil vicisitudes, siempre diferentes, de la vida individual. Y para eso necesitaréis cultivar en vosotros muchas cosas. Antes que nada, el amor a vuestro prójimo. Si un hondo sentimiento de humana simpatía no os acerca al enfermo, si no sois capaces de sintonizar con él, os faltarán elementos de juicio que es muy difícil precisar en qué consisten, pero que muchas veces son ciertamente los fundamentales. Y no es suficiente para alcanzar esa comprensión indispensable, la bondad y la simpatía. Es necesario además, la cultura, la cultura que es fundamentalmente eso, capacidad de comprensión. Y así os veréis enfrentados a un problema de solución nada fácil; el de la repartición de vuestras actividades. Por una parte necesitaréis dedicar un tiempo siempre grande, a ver enfermos, a adiestraros en las técnicas de vuestra especialidad, a leer la torrencial bibliografía de la misma; por otra, no podréis perder de vista a la patología y a las clínicas generales, gran tronco común del que no podréis nunca apartaros sin grave riesgo de que se empequeñezca vuestra visión biológica de cualquier problema mórbido. Y luego

a formar el indispensable bagaje de cultura general, humanista, única tierra fértil en que pueden hundir sus raíces las culturas técnicas especializadas, que sin ella son una especie de flor del aire. Y todo eso en medio de las exigencias materiales, de la necesidad de vivir, necesidad que se hace al médico cada día más difícil de solventar. Se acabaron los tiempos en que podía afirmarse que en nuestro país el médico podía encontrar en todas partes asegurada su vida y defendida su independencia económica. Es en medio de una dura vida de arduo trabajo que deberéis encontrar el tiempo y el entusiasmo para la tarea de cultivaros. He dicho vida dura y a fe que la nuestra lo es, no sólo por el trabajo, sino por la suma de responsabilidades y de angustias que comporta. Porque ya no tendréis horas establecidas de trabajo y de reposo, ya no estaréis nunca seguros de poder gozar de la intimidad serena y grata de vuestras alegrías familiares, ya debéis estar dispuestos a interrumpir el reposo más indispensable y el goce más íntimo; porque el dolor y la angustia no elegirán momentos para solicitaros. Y ya veréis como no podréis rehusaros; porque si lo hacéis, será peor; no tendríais en ese caso, ni el reposo, ni el goce, ni siquiera la tranquilidad del deber cumplido.

¿Y qué compensaciones se ofrecen a quienes deban vivir ese duro sacerdocio? ¿Es acaso fácil por el camino del éxito profesional alcanzar fama o fortuna, honores o dignidades mundanas? — No, por cierto —. El ejercicio profesional que ha llevado antes a pocos, a la fortuna mediocre, es bien improbable que signifique para nadie, en un porvenir próximo, posibilidades económicas pingües. Y mejor así, dicho sea de paso; y que lo sepan desde el principio quienes aspiren a venir a nuestra casa. Y las dignidades académicas son muchas veces productos de circunstancias fortuitas, ajenas al esfuerzo tesonero y al mérito intrínseco. Las compensaciones son, por fortuna, muy otras, y mucho más elevadas. El dolor de vuestra impotencia, la angustia que por más que se repita no se amengua, de contemplar la ineludible derrota de la vida

que estais empeñados en defender, tienen su compensación en la clara conciencia de la nobleza de vuestro esfuerzo, de la pureza de vuestra amargura. El saber que un prójimo pone en vosotros lo que ningún hombre pone en otro que no sea su médico, el saber que sois el refugio y la esperanza y el consuelo, el vivir realizando un esfuerzo continuo por ser dignos de esa misión, puede crear en vosotros tanta dignidad de vida interior, tanta capacidad de superar las pequeñas pasiones y los apetitos que mueven al común de los hombres, que ponga en vuestras vidas ese fondo de bondad, de pureza y de abnegación que deben constituir nuestro anhelo y que puede ser la máxima recompensa.

Pero ya vereis cómo vuestras preocupaciones rebalsan pronto del campo de lo personal y de lo individual. Ya vereis cómo a poco de inquirir la causa de las enfermedades que tratáis, os encontrareis con que los factores etiológicos más comunes son la miseria y la ignorancia. Cómo no se evitan las enfermedades evitables, cómo se hace ilusoria la profilaxis y cómo los medios de diagnóstico oportuno y conveniente no están al alcance de un gran sector del pueblo en que vivimos. El papel fundamental del médico debiera ser el de evitar, no el de curar, las enfermedades. Pero ocurre que los problemas sanitarios son primordialmente problemas económicos y sociales. No es posible resolver el problema del alcoholismo, de la tuberculosis, de la parálisis infantil, de la anquilostomiasis, etc., sin mejorar las condiciones generales de vida y de educación. Un pueblo ignorante y explotado, no puede ser un pueblo sano y vigoroso. Es por eso, que como ha dicho elocuentemente mi maestro el profesor Aráoz Alfaro, “El médico verdadero, el que tiene alma de tal, el que se interesa por disminuir el lote de dolor y de miseria de la sociedad en que vive, no puede prescindir de ser un sociólogo, no puede prescindir de ocuparse de la cosa pública, no puede dejar de ser hasta cierto punto, un político, en el elevado concepto que debe asignarse a la palabra “política”, que no es, por cierto, — como lo entienden la inmensa mayoría de los políticos profesionales —

el arte de ocupar los puestos públicos desalojando a los otros, sino la ciencia y el arte de procurar el bien público, de acrecentar la riqueza, el poder y el bienestar colectivos, de asegurar el reinado de la justicia y del derecho, de educar, elevar y dignificar las masas populares, de proteger al débil y al desheredado contra la opresión y la desgracia, de crear, en fin, entre todas las clases sociales y entre todos los hombres, desde el más alto gobernante hasta el más humilde trabajador que vive del rudo esfuerzo de sus brazos, esa simpatía, esa penetración de intereses, esa solidaridad de sentimientos y aspiraciones, capaces, más que el origen y la raza, de constituir nacionalidades homogéneas fuertes y durables”.

A ningún profesional invita más perentoriamente su profesión que al médico a hacer política, pero no la pequeña política del comité, del acomodo, de la prebenda, de la transacción y del logro, sino la política grande, la que anhela el progreso cultural y la justicia social indispensables para el logro de las posibilidades materiales de vida sana y laboriosa.

Jóvenes graduados: Os toca entrar al ejercicio pleno de vuestras actividades profesionales y sociales en uno de esos momentos cruciales de la historia de la humanidad. Tenemos todos muy neta la sensación de que el mundo está en una de esas horas de dolorosa gestación de que han de surgir nuevos moldes sociales, nuevas normas de convivencia humana. Y en este inmenso drama todos somos ineludiblemente actores. Sería cobardía infinita regatear el propio esfuerzo, rehuir la propia responsabilidad. No hay dudas en mi espíritu, — que de otro modo la desesperación sería demasiado intolerable — de que sólo una aurora de paz, cimentada en la justicia, puede seguir a este apocalíptico crepúsculo. Pero esa nueva luz no se hará sola, nosotros también habremos de contribuir a gestarla y conviene que tracemos claras normas directrices a nuestra conducta si queremos tener paz en el alma, si queremos tener la tranquilidad de saber que hicimos lo que nos fué posible hacer para que el lote de destrucción, de dolor y de sangre, que esta generación debe infaustamente tributar, se

reduzca. Y bien, el problema aparentemente se debate entre dos regímenes de organización social: el totalitario y el democrático. Nuestra elección, la de nuestro pueblo, está hecha. Estamos por la democracia y la libertad. Creemos necesaria y queremos toda la libertad de que no sea indispensable renunciar para convivir. “El amor a la libertad, he dicho en oportunidad reciente, está en la base misma de nuestra constitución anímica. Es la libertad lo que permite el desarrollo diferenciado de las distintas individualidades, la expansión de la propia personalidad; es, en el fondo, lo que típicamente nos separa del animal. La inteligencia ha libertado al hombre del instinto cuyas construcciones, aún las más perfectas, tienen el vicio inhumano de la inmovilidad. Es un ideal evidentemente regresivo el de desear para nuestras sociedades una organización que las asemeje a la colmena o al hormiguero. Nuestra fundamental ventaja es la de poder ser diferentes, lo que nos alienta la divina esperanza de poder ser mejores. Pero esa misma libertad puede emplearla el hombre lo mismo para elevarse hasta las sublimidades del heroísmo y de la santidad que para descender a extremos de injusticia y de crueldad de que ningún animal es capaz. De ahí que la libertad individual de actuar tenga que ser limitada, que haya que poner diques a sus abusos y a sus excesos. Y los límites son los que nos pone desde fuera la ley y los que desde dentro nos dictan la moral y la religión. Estos últimos, son sin duda, los fundamentales. Mientras menos capaces seamos de disciplinar nuestra conducta a rígidas normas morales, más ineludiblemente realizaremos indebido uso de la libertad, uso indebido que lesiona la justicia, lesión que irremediabilmente perturba la armonía de la humana convivencia. Y como las sociedades y los pueblos buscan y acaban por encontrar normas que aseguren un más justo y armónico convivir, resulta que cuanto menos capaces seamos de ajustar nuestra conducta a las normas éticas indispensables de verdad, de justicia, de tolerancia y de respeto, más ineludible se hace que desde afuera, dura e implacable, se nos imponga una disciplina rígida y estrecha

que, cualesquiera sean sus transitorias ventajas materiales, será para el alma de los buenos como un retroceso al pasado abismal de la animalidad.

Y lo mismo quiero decir de la democracia. Ninguna vale más que lo que vale la suma de los valores intelectuales y éticos de los ciudadanos que la integran. También en su nombre se comete el prevaricato, la corrupción, la coacción y el fraude. Las formas de gobierno más perfectas son un azote en mano de inmorales o simplemente de incapaces. Si el ejercicio de la libertad no se traduce en aumento creciente de la cultura y del bienestar mensurable del pueblo, la libertad no tiene ningún sentido. Si el perfeccionamiento democrático no comporta un correlativo acrecentamiento de la justicia social, no habría interés en lograrlo. No puede haber libertad bienhechora con hombres sin frenos morales, ni democracia eficaz sin demócratas que pongan por sobre los suyos o los de su bando los intereses superiores de la sociedad en que viven. El problema primero, el problema ineludible, es, pues, el de la cultura moral. Ninguna sociedad, bajo ningún régimen, puede valer más que lo que vale la suma de los valores morales que la constituyen. Pensemos, pues, que disciplinar nuestra voluntad hasta hacerla capaz de dirigir sin claudicaciones nuestra vida espiritual en sentido ascendente, es no sólo el único programa individual realmente digno de ser vivido, sino también la mejor forma de contribuir a acrecentar la libertad posible y a prestigiar las formas de convivencia social que estimamos más dignas de la especie humana.

Jóvenes graduados: Cada ser humano tiene una zona de acción y de influencia tanto más vasta cuanto más elevada es su jerarquía intelectual y social. Y es muy elevada la vuestra, la que la sociedad os otorga y la que intrínsecamente comporta el ejercicio de vuestra específica actividad. Eso acrecienta vuestra responsabilidad y vuestros deberes. Ruego a Dios que ninguno los defraude, que todos sepáis ser dignos del título que os otorgamos, y que en los días que han de venir ninguno de los egresados de hoy deje de ser un soldado activo

de la gran cruzada que ha de hacer que la Patria nuestra sea madre amorosa y justa de todos sus hijos, para que todos ellos puedan tener, en un día no lejano, por lo menos alimentación suficiente, agua potable, educación elemental, vivienda decente, vida higiénica, y la indispensable defensa contra las amenazas de la enfermedad, de la invalidez y del desamparo en la vejez. Madre cuyo amor y cuya justicia no permitan que junto a la ostentación insolente de la opulencia y del lujo fermente el odio y la violencia del que queriendo y pudiendo trabajar no logra solventar las más elementales necesidades del hombre civilizado.

Jóvenes laureados: Los premios que la Facultad tiene hoy la viva satisfacción de entregaros significan algo más que una justa recompensa al esfuerzo realizado. Deben significar para vosotros el compromiso de seguir demostrando que fuisteis bien elegidos, que sois los más capaces de realizar un esfuerzo tesonero, inteligente y proficuo. La Facultad tiene cifradas sus más caras esperanzas en la capacidad y el entusiasmo de quienes sienten las inquietudes superiores que mueven a la investigación científica. Constituye su mayor anhelo el poder aportar una contribución progresivamente creciente al caudal científico común. El que un día podamos laurear a uno de esos hombres símbolos que concretaron en obra señera y perdurable la grandeza espiritual de una Escuela.

DAVID STAFFIERI

